

PABLO ANDRÉS ESCAPA



MIENTRAS NIEVA SOBRE EL MAR

Editorial Páginas de Espuma

prensa@ppespuma.com || +34915227251



Mientras nieva sobre el mar. Un faro levantado en mitad de un campo de trigo produce el mar. Sobre el lomo de un caballo se anuncia el destino de un grupo de hombres. A la luz de una vela, un niño recupera un juguete perdido. Unos condenados a muerte creen ver, durante su última cena, que la salvación está bordada en las servilletas. Por la hendidura de una cueva puede salirse al otro lado del mundo. Una mujer deforme siente el vértigo de la levedad bajo las estrellas. Un unicornio de oro distrae su melancolía asomándose a una ventana abierta sobre un jardín. En el transcurso de una noche, la palabra de un naufrago sabrá suspender la incredulidad de quien escucha y atraer el milagro con su fábula. Y mientras su voz detiene el tiempo, cae la nieve sobre el mar.

En estos cuentos la franqueza y el misterio, el candor y la emoción de la palabra se afinan para alcanzar el límite más exigente de la escritura: hacer de lo fingido una absoluta verdad donde aún perdura la inocencia



De Pablo Andrés Escapa se ha escrito: “Un mundo literario construido a base de miradas y palabras halladas en estado de gracia”, Javier Goñi, El País; “Pablo Andrés Escapa consigue fascinar [...] Una obra de largo alcance cuyo destino es la permanencia en el tiempo”, Santos Alonso, Revista de Libros; “No es fácil descubrir en el panorama narrativo actual una obra de originalidad narrativa tan llamativa”, Nicolás Miñambres, Filandón; “Sabe ver lo extraordinario en lo cotidiano para contarlo de forma sublime”, Juan Villalba, Turia; “El lector se siente deslumbrado ante tanta maravilla”, José Luna Borge, Clarín.



Pablo Andrés Escapa (León, 1964) se dio a conocer con *Las elipsis del cronista* (Páginas de Espuma, 2003), un volumen de cuentos celebrado como un descubrimiento por la crítica y acogido con entusiasmo por los lectores. Con *Voces de humo* (Páginas de Espuma, 2007) consolidó su trayectoria como cuentista, que se vería confirmada por su inclusión en las antologías *Siglo xxi. Los nuevos nombres del cuento español actual* (2010) y *Pequeñas resistencias 5* (Páginas de Espuma, 2010). *Gran Circo Mundial* (2011) fue su primera incursión en la novela y con *Cercano Oeste* (2012) ofreció una visión muy personal sobre el Western y la pervivencia de su

iconografía y su discurso ético en la realidad. Mientras nieva sobre el mar es el último libro de cuentos de un autor que halla en la narrativa breve la expresión más amplia de la literatura.



|| Información en www.paginasdeespuma.com ||

MEMORIAS DE UNA HOGUERA

EL PRIMER COPO vino a morir sobre un pliegue del capote. El muchacho detuvo el paso para admirar aquella memoria frágil con la que se despide la nieve del mundo antes de hacerse agua. Volvió a caminar, ahora con el corazón algo agitado por el mal augurio que le alcanzaba cruzando montes, casi de anocheada y poco seguro del camino. ¡Cuántas veces soñó él con ser testigo de una nevada! Cuando lo destinaron a aquellas sierras fue lo primero que pensó. De soles y playas sabía de sobra, y de echar redes donde el mar lo pide, pero de ese milagro del campo puesto de blanco no tenía más idea que la de los calendarios ilustrados. Un copo nuevo se apagó sobre la puntera de una bota, y en seguida vino otro a llorarle en la mejilla. El chico apresuraba el paso y los oídos se le llenaban de un silencio también desconocido. Tan sagrado era aquel recogimiento con el que moría la tarde, que crecía la ilusión

de que podía oírse nevar. Ni siquiera sonaban las pisadas, igual que caminar por un sueño.

De tales fantasías lo despertó un aullido. Y el frío. Venían enredadas en el mismo aire aquellas dos amenazas, la de las bestias voraces y el cielo turbio. El muchacho se embozaba en el capote y casi corría por donde la luz moribunda de diciembre le dejaba ver el sendero. Si es que era ese el sendero, que la voz del señor Francisco bien había advertido lo igual que parece el monte a quien lo desconoce. Y entonces, ¿por qué no había ido él a cumplir con aquel servicio? Debió protestar, pero ni un mes llevaba en el puesto. Además, lo que había dicho el señor Francisco con aquella voz que no admitía sublevaciones: «Esta carta hay que entregarla hoy sin falta. La mujer lleva esperando noticias casi un año». Sin aflojar el paso tanteó en el bolsillo bajo el capote y puso el sobre ante los ojos: «Milina Castro Brañas», ponía con letra de mala factura. La señora Emilia, que decía el señor Francisco. Allí todos se conocían y se trataban con respeto. Igual que cuando él pescaba con su padre y los hombres se llamaban de usted: «Marcos, pásame un cabo», «señor Ramiro, coja de ahí». Al llegar a tierra se apeaba el tratamiento. Sería el respeto que daba el mar, o el oficio. La carta venía nada menos que de Panamá, volvía a fijarse en el matasellos. Pues nada, no iba él a ahorrarle los últimos kilómetros a mensaje tan esforzado.

Llevaba el muchacho unas cuentas cada vez más inseguras de las indicaciones oídas en la oficina. Qué fáciles parecían los rumbos hacía tan solo unas horas, junto a la estufa de leña. Hasta paró a comer con calma, fiándose del cielo benigno al mediodía. Ahora tocaba correr contra las horas y arañarle a la noche sus sombras y sus aullidos. La

nieve que empezaba a cuajar ya no era el feliz encuentro alentado al sol poderoso del puerto, mientras se descargaba la pesca. Bien se lo había advertido su padre cuando se empeñó en dejar todo aquello: «vas a acordarte de este cielo tan limpio». Y era verdad. Quién pudiera saludar ahora al lucero de la tarde por encima de los mástiles dormidos.

Notaba los pies helados y el frío iba imponiendo su voluntad de detenerlo todo. En un mal paso resbaló y se hizo daño. Cada vez resultaba más penoso caminar, con aquel ardor hinchando la rodilla. El señor Francisco le había dicho que el viaje no eran más de dos horas y eso llevaría él de camino. ¿Estaría yendo por donde debía? Se hacía la memoria más vacilante en medio de la tormenta y el chico se detuvo a mirar alrededor. Escapaba el día entre los copos pero aún dejó la penumbra noticia de una oscuridad más densa, al pie de unos peñascos.

El muchacho se acercó rezando: que el miedo, o acaso la fiebre que le nacía en la rodilla herida y le llenaba de latidos el cuerpo entero, no le hiciera ver lo que no había. Rogaba él por una cueva y se le dio una grieta humilde, una hendidura en la peña que servía de amparo a un suelo lleno de hierbajos. Allí se recogió, temblando de frío y de gratitud.

Sentado en aquel refugio el muchacho veía cómo desaparecía el mundo bajo la nieve. Los pies le dolían cada vez más de frío y temía aquel reposo consolador. ¿Y si luego no podía andar? Arrancó las hierbas que tenía más cerca y las amontonó bajo el saliente de piedra. Urgido por moverse, salió fuera otra vez y quebró escobas y partió ramas con las manos. Cuando se agachó junto a la cosecha que debía alimentar el fuego, sudaba. Malgastó una cerilla, y dos, y la tercera, que solo produjeron un humo muy gris y muy

espeso. Aquella hoguera pedía una chispa más perenne para nacer. Decidió sacrificar el cigarrillo, el que guardaba para la vuelta. Lo encendió y con ávidas caladas animó su brasa. Cuidadosamente lo arropó entre las hierbas. Con esa lentitud que delata las penurias físicas, se tumbó en el suelo para avivar soplando aquel minúsculo corazón de fuego. Y por fin brotó la llama.

La noche prematura hacía más vivo el fulgor de la hoguera. Pero eran llamas alocadas, que habían devorado los hierbajos en un santiamén. Se agotaba aquella alma fogosa antes de hacerse firme entre el ramo de escobas. El chico estaba angustiado pensando en cómo estirar la vida de la lumbre. Y de pronto se acordó. Se acordó de la carta que guardaba en un bolsillo, bajo el capote. La sacó con prisa y, antes de pensar lo que hacía, ya había rasgado el sobre y echado ese recorte sobre las tibias ascuas, que parecieron renacer. No podía descuidarse y rompió otro borde, y luego otro, y pasó a destrozos mayores que alcanzaron a destripar el sobre y a echar al fuego la mitad menos vistosa. La verdad es que daba pena quemar lo de delante, con aquel sello tan bonito. Vaya un respeto, pensaría el señor Francisco cuando se enterara. Se animaba otra vez el fuego y ya empezaban a florecer llamitas como lágrimas en los tallos más finos de la escoba. El chico sujetaba tres pliegos de letra menuda en la mano sin saber qué hacer. Bien se veía que el de Panamá había esperado mucho a dar noticias: «Querida madre, Dios la guarde al recibo de esta, que va ya para nueve meses de mi ausencia...», y por allí iban discutiendo nuevas de un viaje en barco, con recuento de olas y mareos, y luego venían palabras para decir los peligros y el calor de aquellos páramos, tan distintos de los montes familiares, y el esfuerzo de los hombres abriendo brecha

en la selva para hacerle sendero al mar. Iba a ser cosa de ver aquel paso cuando estuviera abierto. El chico leía con prisa porque el fuego pedía más materia para asentarse. Y así, cuando las llamas fueron ya firmes en la escoba y de ahí extendieron su dominio a las ramas cortadas que ponían techo a la hoguera, centenares de hombres habían muerto de fiebre y otros agonizaban a diario, todos recordando alguna cosa perdida en la distancia que habían dejado atrás por ganarse unos pesos, lo mismo un nombre querido que unas promesas hechas en un baile, un día de fiesta. Y ardiéron también letras para consolarse de fatigas: un corte de machete había dejado al de la carta sin dos dedos en un pie. Al menos la herida le había valido para descansar en la enfermería de tanta miseria. Y para jugar a las cartas durante el reposo. Ahora estaba el problema de cómo se valdría al salir, porque allí no faltaba a quien mandar y a un lisiado no lo querían donde mejor se pagaba. Pero ya había hablado con uno que tenía mano con los jefes para que, por lo menos, le dejaran en alguna de las cocinas. Cualquier cosa antes que volver igual de pobre que había ido.

La última cuartilla de la carta se consumió sin vacilaciones, en la soberbia de un fuego seguro que ya no guardaba agradecimiento por la entrega. El chico notó que se le calentaban los pies, por fin. Y las manos y el pecho. Perdido en las llamas, se acordó de lo que ahora tanto le faltaba: otras noches como aquella, pero bien templadas y con el arrullo del mar al fondo. Sobre la mesa familiar, la fiesta del arroz con los pescados, la alegría del vino y las canciones. Se frotaba la rodilla hinchada mientras la memoria lamía dulcemente las heridas. Y aquella friega absorta pareció que se extendía fuera de la grieta donde él se abrigaba, como una caricia que ablandase los pliegues

de la noche hasta abrirlos poco a poco y dejar las estrellas expuestas en el cielo. De pronto se dio cuenta de que había cesado de nevar. Una luna llena agrandaba su candor sobre la tierra inmaculada. Parecían seguros los caminos en la noche blanca y saliendo del refugio divisó, al fondo de una hondonada, una lucecita. Ahora distinguió el pico de la Estrella, resplandeciente como un faro bajo los cielos abiertos, igual que había dicho el señor Francisco que había de ser cuando tuviera la casa a la vista. Y la veía. El muchacho, alumbrado por la luna, cojeó monte abajo, como un torpe insecto atraído por la luz. A su espalda, fue enrojando la hoguera hasta ser solo una memoria de ceniza.

Aún sofocado por la carrera llamó a la puerta y cerró los ojos. Dentro no se oía un ruido pero aquella era la casa, no había duda. Hasta tenía sobre la entrada el farol que le habían dicho, la luz que no se apagaba desde que el hijo mozo cruzara el mar. Volvió a golpear la madera, con más fuerza. Oyó unos pasos que se acercaban y la voz de una mujer que preguntaba desde dentro. Vaciló él un momento antes de responder pero enseguida le vibró la voz en la garganta, orgullosa de triunfar sobre la helada.

—Soy el cartero.

La mujer no dejaba de escuchar a aquel joven. Le había puesto asiento y una manta sobre las piernas, que aún temblaban cuando entró. Atendía ella a las palabras con las manos juntas sobre el pecho, como si amparase al corazón de tantas emociones. Poco a poco fue arrodillándose junto al recién llegado, al que las llamas del hogar le ponían resplandores en el rostro. Y casi se diría que en la voz, que sembraba noticias luminosas del hijo ausente,

de cuánto lo querían en Panamá y de cómo lo buscaban todos, que siempre tenía palabras de consuelo para quien las demandaba en medio de las penurias. Hasta dio ejemplo de entereza cuando se cortó con un machete y siguió yendo a trabajar, que su empeño era que se acabara pronto la obra. Bien sabía él que poner fin a aquella empresa era redimir del sufrimiento a cuantos trabajaban. Por eso no era extraño que los amos del canal le tuvieran prometido un sitio de preferencia para contemplar la gloria de los dos océanos dándose la mano. Entonces mandaría él a buscarla y juntos, madre e hijo iban a disfrutar de aquel milagro en primera fila, si no era a proa del primer barco que cruzara. La mujer asentía a cada palabra y había un brillo en sus ojos, una fe hecha de lágrimas contenidas que animaba al cartero a seguir extendiendo aquella buena nueva, la del abrazo de los mares y la reunión de las almas por obra y gracia del hijo ausente.

Quedó la casa en silencio tras tanta promesa de venturas. La mujer levantó los ojos hacia el muchacho. Crepitaba la lumbre del hogar como un responso que se perdía chimenea arriba, hacia la noche inmensa. Y habló la señora Emilia como los náufragos que piden una tabla, aunque sea pequeña, para afianzarse sobre tanto mar. ¿No había quedado nada de la carta que pudiera ella tener? El muchacho se levantó de la silla donde le habían sentado con mucha cortesía y buscó en lo más hondo del capote. La mujer se puso en pie para recibir lo que una mano temblorosa le ofrecía. Sobre un trozo de papel leyó su propio nombre, escrito con una letra tosca y esforzada. Los ojos no hacían más que ir y venir por aquella escritura, como si la acariciaran. También los dedos repasaron los trazos

y parecía que todos los movimientos los guiaban la dicha y la incredulidad.

—El remite también tuve que quemarlo —se disculpó el cartero.

Pero allí seguía la mitad más luminosa del sobre, la del destino que desea quien escribe, y triunfando de todas las tribulaciones, ahora lo veía ella, aquel sello en la esquina. Nada menos que la Virgen acunando al Niño. Y san José como embobado junto a ella. Si hasta asomaba la mula al fondo, y el buey, aún melancólico bajo el manchón de tinta del matasellos.

La mujer se llevó aquel trozo de papel a los labios y cerró los ojos. El muchacho empezó a girarse hacia la puerta, temeroso de estorbar la pureza de aquel gesto. Iba cojeando. Y aún no había dado el tercer paso cuando oyó que le decían a su espalda:

—Hijo, quédate a cenar, que bastante anduviste ya por hacer buena la noche.